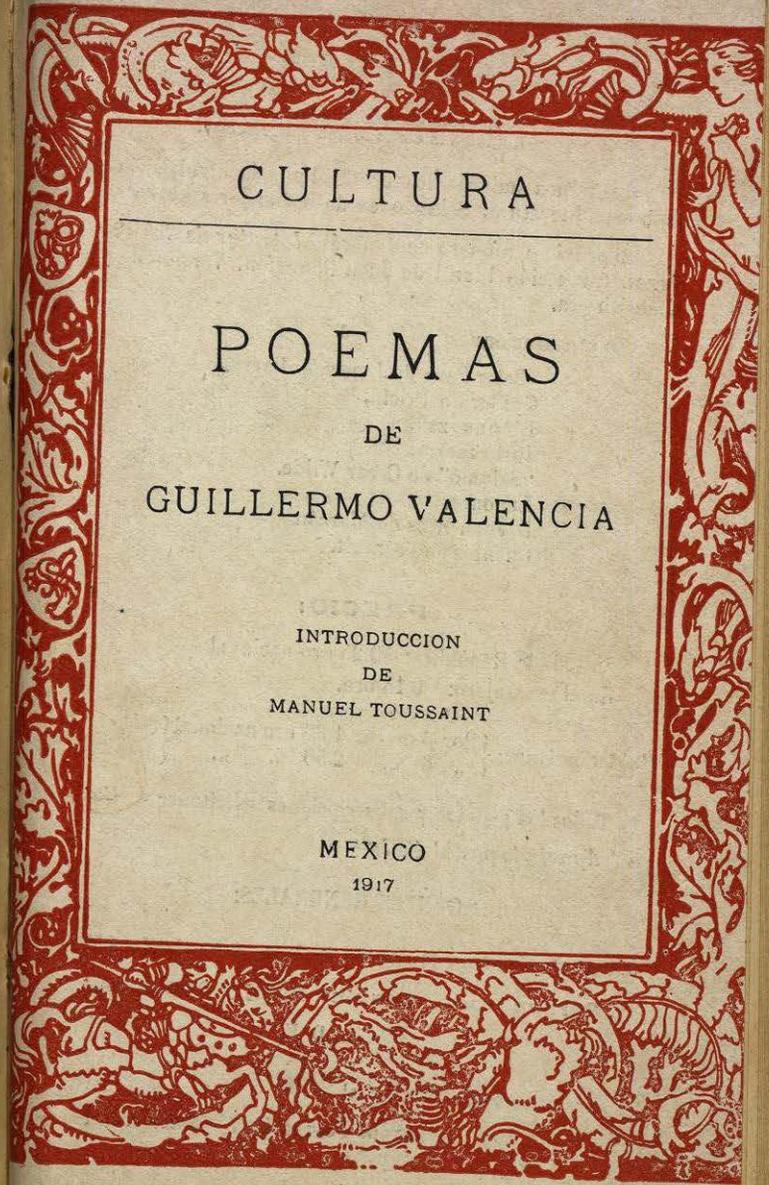


INDICE

1. Poemas 1
2. El arte del versículo 11
3. El amor tardío 18
4. Prosa en la academia 21
5. Mi primer contacto con la poesía 26
6. Una lección de la historia 30
7. La poesía del siglo 33
8. El poeta Juan 40
9. Poemas de cristal 43
10. Como Byron 51
11. Temas con inflexión 54
12. Simbolismo y poesía 58
13. Dirección y poesía en la Academia de la Lengua 62
14. y Letras 67



CULTURA

POEMAS

DE

GUILLERMO VALENCIA

INTRODUCCION

DE

MANUEL TOUSSAINT

MEXICO

1917

CULTURA

Asegurada la propiedad literaria de la selección.
Registrada como artículo de 2ª clase.

Cuadernos quincenales destinados a la divulgación de la buena literatura. Selecciones de los mejores autores.

El próximo número contendrá *El Cantar de los Cantares*, traducción literal de Juan Bonnefon. Versión de Rafael Cabrera.

En preparación:

«Peter Pan» de James M. Barrie.
Guillermo Prieto.
D'Annunzio.
Justo Sierra.
"Salomé" de Oscar Wilde.
Lugones.
D. Juan Ruiz de Alarcón.
Cuentos de Perrault.

PRECIO:

En toda la República: \$0.25 oro nacional.

En el extranjero: 0.15 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 1.30 oro nacional } (sólo en la
 { " 6 " 2.50 " " } Capital).

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura," Apartado postal 4527.

AGENTES GENERALES:

Administrador: Rodolfo Rojas, Apartado 4527.

Porrúa Hnos. Esquina Reloj y Donceles,

México, D. F.

La correspondencia dirijase al

APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

GUILLERMO VALENCIA

POEMAS SELECTOS

INTRODUCCION

DE

MANUEL TOUSSAINT

CULTURA

T. II. NUM. 6

1917

POEMAS
SELECTOS

MANUEL TOUSSAINT

Febrero 1º de 1917.

«IMPRESA VICTORIA»—4ª CALLE DE VICTORIA 92

LA POESIA DE
GUILLERMO VALENCIA

Pocos poetas hispanoamericanos son menos conocidos en México que Guillermo Valencia. Figura sobresaliente de la moderna lírica de habla española, es justo orgullo de Colombia, como Darío de Nicaragua y Lugones de la República Argentina. Popayán, su ciudad nativa a quien él ha cantado en magníficos versos, hale concedido lauros como al hijo predilecto, capaz de comprenderla, amamantándose en su ambiente de arcaísmo y de recelo.

Es la suya, ante todo, una poesía de refinamiento y exquisitez; como si la crispatura de una mano de hierro ahogara los sollozos de su corazón cuando no producen versos de perfecta armonía. Su lema parece ser, como dijo de José Asunción Silva,

Sacrificar un mundo para pulir un verso.

La severidad del poeta para con su arte, haciendo de cada poesía una obra maestra, origina,

quizás, la mayor objeción que a Valencia se hace: que su perfección exterior ahoga su idea. ¡Es preciso, a veces, el descuido consciente de la forma o la imperfección engañosa para que el vulgo crea en la sinceridad del artista!

Más que escribir, Valencia parece cincelar por momentos. Sus versos dan la sugestión de mármoles helenos, cuando no de bronces florentinos. Esta modalidad es acaso de abolengo parnasiano. No es un parnasiano del todo porque esto implicaría un anacronismo y una limitación; pero ha hallado en la forma parnasiana el medio perfecto de expresar sus inquietudes y de poder desarrollar ampliamente toda una estética personal. De los parnasianos, no sigue a aquellos cuya vida se extingue al soplo de sus versos de hielo; él, al contrario, como el incomparable Leconte, infunde su sangre, su cálida sangre de meridional, en las estatuas que parece haberle dictado la armonía. Con todo, su mérito mayor no consiste en ser perfecto; sino en alcanzar la perfección sin que el mundo indiscreto goce de los dolores de la obra que nace. ¡Imaginad el martirio que ha costado la pureza de líneas y de corte, de una estrofa que casi parece modularse sola en vuestra garganta!

Bajo tal ropaje, el más externo, se oculta su verdadera y trascendental poética. Me figuro, desde luego, que el poeta no sigue cánones ni guarda reglas suyas; así mis teorías son sólo como un ensa-

yo de comprenderlo, como una manera de ver en su involuntaria actividad creadora. Lo que primero se observa es la tendencia visiblemente plástica de su poesía. La belleza aparece a sus ojos, antes que a sus demás sentidos; si sus versos semejan golpes de escoplo sobre cuerpos sonoros, sus poemas son a modo de paisajes soñados donde la creación depende de las sutiles yemas de sus dedos. Y se vale de medios infinitamente varios y eficaces, como un artífice que a la vez que escultor fuese músico y dispusiera de todos los colores del crepúsculo, para evocar las emociones de su espíritu inquieto. Casi diría que Lessing lo hubiera tenido en cuenta al escribir su Laocoonte.

De los parnasianos toma el verso escultórico; los simbolistas han de darle el sentido de los matices el claroscuro que suavice las aristas del mármol. Valencia es un traductor insuperable; en estas páginas veréis versiones verdaderamente prodigiosas; pues bien, compárese su admirable traslado de la Aparición de Mallarmé con el original y véase cómo las audacias del gran poeta francés, reconcentradas a lo inverosímil, se diluyen en Valencia hasta adquirir la suavidad de la neblina. Es así mismo parnasiano por la elección de sus asuntos, pero va en esto de acuerdo, más bien, con su poesía pictórica. Allí donde puede desarrollar las perspectivas de un gran cuadro, donde el ancho margen

del lienzo tolera todas las coloraciones de su paleta mental, allí Valencia, como señor único, descuelga los velos de su lírica. Hasta el amor da campo para sus magníficas sensaciones de visionario, análogas a las mágicas vislumbres de Gustave Moreau, su gemelo en refinamiento y esplendor.

Es verdad que no es un apasionado, ni un entusiasta, ni un afirmativo. Su filosofía llega acaso al resignamiento gozoso de Spinoza. No busca los peores aspectos de la vida porque le bastan los que tiene frente a sus ojos para ver que es mala. Y en este terreno, aunque imparcial, no depone la severidad de su juicio, ni la imperceptible amargura de su escepticismo, ni la leda resignación de su fin:

*Me resigno al combate.....
 Fe no tengo en mis sueños.....
 Y, no obstante, me llevo cantando a la llanura.....
Mi ademán es tranquilo,
 Y me desplomo bellamente bajo el filo
 ¡En el bárbaro sitio que me fijó la suerte!*

Producto de las filosofías que él ha vivido, como quiere Sanín Cano, atavismo de su raza y de su ciudad, aparece encastillado en su ortodoxia, con el bello gesto de quien quiere ser uno a pesar de todo. Y como un oasis en medio del desierto borrascoso del mundo, como un descanso de la diaria batalla, el arte, la poesía:

*Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
 sólo su arteria rota la humanidad redime.!*

Ya él ha de acudir Valencia, en un instante solemne; ante la desilusión espiritual de cuanto existe, su martillo de oro llamará a la puerta de la Turris Eburnea, especie de castillo interior de suma perfección, refugio final de los escogidos, donde se alcanza el reposo absoluto a la par que la más intensa vida espiritual:

*¡Abreme, Torre de marfil, tus puertas!
 El mal y el bien, los hombres y la vida
 a ti no alcanzan, ni el amor que olvida
 roba tu paz con esperanzas muertas.*

Todo inquietud, nutrido en el veneno del saber, Valencia se interesa por los grandes problemas de la filosofía. Y pronto veremos, según dicen, un poema dionisiaco en que expone su criterio acerca de la vida. Bienvenido por surgir de su genio. Por más que, acaso sin quererlo, ha dicho ya con voz de profeta o con acento de Sibila la última palabra de los humanos enigmas: la poesía, el canto, ¿qué mejor solución de todos los arcanos del Ser?

MANUEL TOUSSAINT.

LEYENDO A SILVA

Vestia traje suelto de recamado hiso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía:

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe....

Allí, cual casto grupo de núbiles Citeres,
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello,

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras, envuelta en sombras, se atristaba la luna....

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo.... y como el ave que ciega el astro diurno
con miradas nictálopes ilumina el *Nocturno*

do al fatigado beso de las vibrantes clines
un aire triste y vago preludian dos violines.

.....
La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélagos,

que cayó como un trigo.... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella.... «Pasemos esta doliente hoja
que mi sér atormenta, que mi sueño acongoja,»

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de són *calino* y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubies
y los joyeros mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos a ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos

lanzados en racimos entre las sepulturas

a beberse la sombra de sus noches oscuras

. . . . Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera.

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal belleza del estigmatizado!

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas

¡que atrebaten ligeras a las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagaroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

.
¡Oh Señor Jesucristo! por tu herida del pecho
¡perdónalo! ¡perdónalo! desciende hasta su lecho

de piedra a despertarlo! Con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

¡amó mucho! circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio.

.
No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del fresco Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, ¡que diga su tristeza!

.

¡Amor! dice la dama del recamado biso
 en voluptuosos pliegues de color indeciso;
 ¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
 blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,
 modulan el gemido de la desesperanza;
 fué el místico sediento que en el raudal se lanza;
 su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
 se evaporó su vida como la de Desdémona;
 ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
 y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga
 ¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
 el último nacido del viejo Cisne y Leda!

LOS CAMELLOS

Lo triste es así

PETER ALTEMBERG

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
 de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
 los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
 a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
 el soñoliento avance de sus vellosas piernas
 —bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
 pararon silenciosos, al pie de las cisternas

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
 y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
 tal vez leyeron, sabios, borroso geroglífico
 perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
 cuando cierra los ojos el moribundo día,
 bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
 copiaron el desfile de la Melancolía

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
 un largo cuello móvil que sus vaivenes finge.

y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescalda:
<amamos la fatiga con inquietud secreta>
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas . . . huesos en blanquecino enjambre
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga;
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga:

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
que amáis pulir el dácilo al són de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la Llanura vasta
que vais llevando a cuestras el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡novios de la Palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
Dejándome—camello que cabalgó el Excidio —
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las sombras grises de lóbrego fastidio!

¡Nó! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con honda pesadumbre,
mirando silen so dciosofuentes de zafiro

LOS CRUCIFICADOS

O cruz, ave, spes unica!

Muy negras son tus canas,
¡oh Trágico sombrío!
y muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío.
¿A qué seguir con taciturno paso
de camellos?.... Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso....

En las nudosas cruces
agonizan los mártires; el brillo
roba el dolor a sus hinchados ojos,
que miran a los ámbitos desiertos
con la turbia fijeza de los muertos.

Enéles la tierra dolorosa: en haces
brotó para sus sienes rama indócil
de puntas erizada; clavos fríos
que los frágiles huesos taladraron;

GUILLERMO VALENCIA

19

para su cáliz, de amargura lleno,
la Vida,—inmensa flor—sudó veneno.

En las cruces nudosas
se retuercen las víctimas, tocadas
de martirio las testas luminosas
por lívidos perfiles coronadas.
Lánguidamente en hilos tembladores
tibia la sangre por su faz chorrea
y hemedece los párpados, gotea
sobre la barba que en rojizos grumos,
cual en bronce tallada, se oscurece.
Y de sus cráneos la soberbia roca
no bate ya, con las frementes alas
el grifo luminoso de lo eterno....
Y se enturbió la linfa transparente
de las glaucas pupilas,
claros pozos de lumbre
que del vivir el tedio reflejaron,
y es mudo el labio que de cumbre en cumbre
vibró en la lid relámpagos de acero....
¡Oh mártires! ¡oh ruinas
que marcasteis el áspero sendero
con gajo alterno de laurel y espinas!

En torno de las cruces
do murieron las víctimas, aullando
se amontonó la plebe enfurecida
como un tropel de deslomadas bienas.
Y abajo, los zarzales por alfombra,
y arriba, el Numen, el Amor, la Calma;
los mártires, en medio,
rasgando—muertos—la terrena sombra
al blando golpe de su fresca palma.

.....

¡Oh videntes, oh mágicos cantores!
 ahogad el himno, que la cruz aguarda
 vuestras manos febriles;
 huid rompiendo el arpa cristalina,
 a refugiarnos en las sombras. Llegan
 los salvajes de puño sanguinario:
 cuando en la viña del furor se anegan,
 jasesinan a Dios en el Calvario!

El verso, cual la tenue lamparilla
 que entre las tumbas ocultaba Roma,
 alumbra mudo vuestras almas. Hielo
 lleváis sobre el espíritu cansado,
 y a los Libros—el Arbol de dolores—
 del matador que insulta vuestro duelo
 sólo llegan los bárbaros clamores.

Pobres muertos que en hórrida solumbra
 durmiendo están: la ráfaga de gloria
 sobre sus frentes pálidas no alumbra.
 ¿Qué importa si mañana el Orbe acude,
 el Orbe acude entero
 a recoger los huesos polvorosos
 del mártir que murió sobre el madero?
 El libro quedará cual leño santo
 de seca sangre por doquier teñido . . .
 y a la víctima, en tanto,
 sofocará la zarza del Olvido.

Muy negras son tus canas,
 ¡oh Trágico sombrío!
 y muy dulce morir antes que llegue
 la trémula vejez envuelta en frío.
 ¿A qué seguir con taciturno paso
 de camellos? . . . Dormid al pie del Monte

para no ver manchado el horizonte
 con el ávida sombra del Ocaso . . .

En las cruces nudosas
 perecerán los mártires. Doliente
 el Ideal, las alas fatigosas
 plegando en el azul, lánguidamente
 descenderá sobre la tierra, herido;
 y como el Genio del silencio mudo,
 las almas tristes lo verán caído
 sobre el sangriento marco de su escudo . . .